

EL QUIJOTE EN ECUADOR¹

Raúl Vallejo

Al final del episodio XLVI de *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, (1898) obra póstuma de Juan Montalvo (1832-1889), el Quijote y Sancho se encuentran con un ajusticiado que colgaba de un árbol. El Quijote al reanimar a Sancho del susto dice:

¿Piensas, buen Sancho, que ese miserable habrá sido el espejo de las virtudes? Los vicios, los crímenes hicieron en su alma los mismos estragos que las gallinas han hecho en su cuerpo. Asesinato, robo, traición, atentados contra el pudor son bestias feroces que devoran interiormente a los perversos [...]. O yo sé poco, o éste es aquel famoso ladrón que dio en llamarse Ignacio de Veintemilla.

Como intelectual romántico del siglo XIX, Montalvo jamás olvida la coyuntura política: al final del capítulo explica en una nota por qué utiliza la figura del ahorcado a pesar de ser una imagen manida en la literatura española del XVI y XVII: «Tenía yo que imponer a ese malandrín un castigo digno de su vida, y nada más puesto en razón que hacerlo ahorcar».

Pero ese «ensayo de imitación de un libro inimitable» no es una parodia política sino, estructuralmente, un ejercicio de lenguaje. En él, Montalvo no solo rinde su homenaje al Quijote sino que realiza, en el plano narrativo, una demostración de su amor por el castellano. En «El buscapié», el último de los siete tratados que hace las veces de prólogo del libro, él interpreta:

Don Quijote es una dualidad: la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos: el mundo visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y con-

1. Tomado de *El Comercio*, Quito, 13 de agosto de 2005.

templativos que, rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa.

Recuerdo este texto de Montalvo ahora que celebramos en el mundo el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*, de Miguel de Cervantes. Y lo recuerdo mientras hojeo la primera edición ecuatoriana de la novela, aparecida en noviembre del año pasado en Riobamba. Una pulcra y hermosa edición a cargo de Manuel Freire, Franklin Cepeda y Geneviva Ponce. El libro contiene, como una primicia en el mundo literario, la traducción al quichua del primer capítulo del Quijote, realizada por Pedro Curichumbí Yupanqui, precedida de un epígrafe de Montalvo: «...los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver a ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez de el jubón de camuza con que salió de la Argamasilla». Esta edición, que recomiendo para que viva en cada casa del país, reproduce obras de Joaquín Pinto, Oswaldo Viteri, Félix Aráuz y el caricaturista Pancho, entre otros, con el tema del Quijote.

Finalmente, el *Diccionario de El Quijote* (2003), de Antonio Rodríguez Vicéns, con ilustraciones maestras a la tinta, de Oswaldo Viteri, es otro homenaje del Ecuador al eje del canon de la literatura en castellano. Rodríguez, en los dos tercetos del soneto de su autoría que abre su indispensable obra, concentra la imagen final de don Quijote, ese triunfo de la ficción y la literatura por sobre las miserias de la realidad: «Y al volver a su hogar, magro y tullido, / pensativo y triste, solo y vencido, / sin el premio inmortal a su heroísmo, / ve la luz en el fondo de su abismo / y se siente, ya en paz y redimido, / el vencedor invicto de sí mismo». ❀

Santa Ana de Nayón, 8 de agosto de 2005